



**PALABRAS
PARA TI**

LYN DENISON



Al quedar con un amigo en Oxfordshire, el poeta convertido en detective aficionado Nigel Strangeways visita a Robert Seaton, un distinguido poeta británico a quien Nigel admira mucho pero cuya reputación ha estado en declive últimamente.

Seaton demuestra ser un hombre irascible y temperamental, y su hogar no convencional, con una hija resentida y un sirviente enano mudo, hierve a fuego lento con la tensión.

Cuando un cadáver sin cabeza se encuentra flotando en el río junto a la casa de Seaton unas semanas más tarde, el poeta se convierte en el principal sospechoso.

¿Pero de quién es el cuerpo? Un misterioso asesinato de Nigel Strangeways: la introducción perfecta al detective más encantador y erudito de la ficción policial de la era dorada.

A

Hugo y Sally



NOTICIA

Nicholas Blake es el poeta Cecil Day Lewis (n. 1904). Desciende por línea materna, de Oliver Golsmith. Se educó en Oxford. Bajo su verdadero nombre ha publicado las siguientes obras: Poesía: *Transitional Poem, From Feathers to Iron, The Magnetic Mountain, Overtures to Death, Poems in Wartime*; teatro: *Noah and the Waters*; novela: *Child of Misfortune*; crítica: *A Hope for Poetry, Poetry for You*. En colaboración con L. A. G. compilado *A New Anthology of Modern Verse. Geórgicas de Virgilio*. Ha traducido también, en verso inglés, las.+++

Según Francis Scarfe, *Transitional Poem* inicia el movimiento llamado de la "Liberación de la Poesía". Trátase de una de las más tardías manifestaciones del futurismo.

Bajo el seudónimo de "Nicholas Blake" ha publicado las novelas policiales: *The Beast Must Die 1, There's Trouble Brewing 2, A Question of Proofs 3, Thou, Shell of Death 4, Malice in Wonderland, The Smiler with the Knife, The Case of the Abominable Snowman 5, The Head of the Traveller 6, Minute for Murder 7, The Dreadful Hollow 8, The Whisper in the Gloom 9, The Tangled Web 10, End of Chapter 11, A Penknife in my Heart 12, The Widows's Cruise*.¹³ John Strachey afirma: "Cuando condesciende a Nicholas Blake escribe aún mejor que cuando 'se da por entero a la literatura' como Day Lewis." Según Howard Haycraft: "Es de los pocos escritores que concilian la excelencia literaria con el arte de urdir misterios perfectos,, Trátase de un maestro del género policial."

1 *La bestia debe morir* (El Séptimo Círculo N° 1); 2 *Los toneles de la muerte* (El Séptimo Círculo N° 13); 3 *Cuestión de pruebas* (El Séptimo Círculo N° 28); 4 *¡Oh envoltura de la muerte!* (El Séptimo Círculo N° 35); 5 *El abominable hombre de nieve* (El Séptimo Círculo N° 46); 6 *La cabeza del viajero* (El Séptimo Círculo N° 76); 7 *Minuto para el crimen* (El Séptimo Círculo N° 91); 8 *El hueco fatal* (El Séptimo Círculo N° 118); 9 *Susurro en la penumbra* (El Séptimo Círculo N° 130); 10 *La maraña* (El Séptimo Círculo N° 145); 11 *Fin de capítulo* (El Séptimo Círculo N° 148); 12 *Un puñal en mi corazón* (El Séptimo Círculo N° 157); 13 *El crucero de la viuda* (El Séptimo Círculo N° 171)



NOTICIA

Nicholas Blake es el poeta Cecil Day Lewis (n. 1904). Desciende por línea materna, de Oliver Golsmith. Se educó en Oxford. Bajo su verdadero nombre ha publicado las siguientes obras: Poesía: Transitional Poem, From Feathers to Iron, The Magnetic Mountain, Overtures to Death, Poems in Wartime; teatro: Noah and the Waters; novela: Child of Misfortune; crítica: A Hope for Poetry, Poetry for You. En colaboración con L. A. G. compilado A New Anthology of Modern Verse. Ha traducido también, en verso inglés, las Geórgicas de Virgilio.

Según Francis Scarfe, Transitional Poem inicia el movimiento llamado de la "Liberación de la Poesía". Trátase de una de las más tardías manifestaciones del futurismo.

Bajo el seudónimo de "Nicholas Blake" ha publicado las novelas policiales: The Beast Must Die^[1n], There's Trouble Brewing^[2n], A Question of Proofs^[3n], Thou, Shell of Death^[4n], Malice in Wonderland, The Smiler with the Knife, The Case of the Abominable Snowman^[5n], The Head of the Traveller^[6n], Minute for Murder^[7n], The Dreadful Hollow^[8n], The Whisper in the Gloom^[9n], The Tangled Web^[10n], End of Chapter^[11n], A Penknife in my Heart^[12n], The Widows's Cruise.^[13n] John Strachey afirma: "Cuando condesciende a Nicholas Blake escribe aún mejor que cuando 'se da por entero a la literatura' como Day Lewis." Según Howard Haycraft: "Es de los pocos escritores que concilian la excelen-

cia literaria con el arte de urdir misterios perfectos,, Trátase de un maestro del género policial.”



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

DEL DIARIO DE NIGEL STRANGWAYS

JUNIO 6 de 1948. Paul me llevó a casa de los Seaton a pasar el día. "Te vas a entender con Bob Seaton" dijo con firmeza: "sabrás que escribe poesía". Lo sabía. Informé a Paul que Robert Seaton era uno de los más distinguidos poetas ingleses de nuestro tiempo. "Encantado de saberlo", me repuso sin alterarse. "Tiene un soberbio plantel de *Guernseys* y también una casa preciosa, pero espera a ver su lechería." Dije que para mí lo principal de la excursión era el poeta Seaton y no un plantel de vacas, por seleccionadas que fueran. Pregunté cómo era "¿Quién? ¿El viejo Bob?" Paul estaba ocupado con las formalidades que deben cumplir los hacendados y no podía concederme toda su atención. "Oh, es un buen tipo, un muchacho tranquilo."

En realidad, la excursión era únicamente hasta la aldea vecina. La granja de Paul estaba en las afueras de Hinton Lacey. La propiedad de Seaton, *Plash Meadow*, quedaba en Ferry Lacey, a dos millas de distancia. Ferry Lacey era una de esas aldeas desordenadas de Oxfordshire, de pintorescas casas pobres entremezcladas con quintas y *bungalows* construidos con pequeños ladrillos rojos lustrosos.

La primera vista de *Plash Meadow*, desde el extremo más lejano de la aldea, me cortó la respiración. Una casa de perfecto estilo Reina Ana, larga, baja, de ladrillos de color rosa viejo alisados, con ventanas irregulares, pero bien orientadas. Una extensión de césped de cincuenta yardas, lisa y lustrosa como vidrio verde, se extiende entre la casa y un muro bajo que la separa del camino. Por todas partes había rosas: en el muro, en la casa, en los macizos a la izquierda, en las paredes de los edificios de la granja; cantidades de rosas, en grupos y en guirnaldas. Era un éxtasis cataléptico de rosas amarillas y blancas. Sorprendía a uno no verlas jugueteando por encima de las dos secuoias que se alzaban puntiagudas en el césped, a cada extremo de la casa. "Hay una glorieta de rosas junto al arroyo de Bende-meer." Pero corre el Támesis oculto por los árboles, a unos cientos de yardas de la casa que se yergue en un risco sobre el río.

—¡Aquí termina! —exclamé.

—Sí —dijo Paul—. El camino no sigue más. Aunque hay aquí, donde estaba la balsa, un puente para peatones; se puede atravesar el río y cruzar por el campo hasta Redcote.

Paul había detenido el automóvil fuera del portón. Oía yo un rugido distante, como el ruido que se oye al mantener una caracola al oído, pero más profundo, una caída de agua agonizante que nunca muere, un suspiro inmortal ¿Procedía de una lejanía infinita? ¿O sería una ilusión de mi mente, producto del lugar y de su ensueño de rosas?

Paul notó que yo trataba de escuchar algo.

—Es la represa —dijo—, media milla río arriba.

Naturalmente, pudo haber sido otra cosa; pudo haberme dicho que eran las ordeñadoras mecánicas en funcionamiento.

—No se ordeñan las vacas a las doce y media del día —repuso Paul, y pasó el portón. Descendimos.

Era como entrar en un sueño. Al caminar por delante de la casa y echar un vistazo hacia adentro por las ventanas de

la sala, podía uno haber esperado ver a un grupo de figuras vestidas de brocado, sorprendidas en actitudes de cortesanos alrededor de la Bella Durmiente, con los tallos de las rosas enroscados en los dedos ceremoniosos.

La impresión se mantuvo al abrirse la puerta. Allí estaba, de pie, un enano, una criatura horrible, en delantal de bayeta verde, que hacía muecas con toda la cara. Verdaderamente, Paul debió haberme prevenido.

—Hola, Finny, ¿cómo van las travesuras? — dijo a este aparecido que contestó con una serie de gruñidos y gangueros glandiformes. Luego se encaminó a pasos cortos delante de nosotros, hacia una puerta a la izquierda del vestíbulo.

Estábamos en la sala. El hechizo persistía. Era una habitación de dimensiones perfectas, con ventanas a dos lados, artesonada de verde, con una chimenea estilo Adam, muebles de nogal y de palo de rosa, cortinados y alfombra del color *Magenta* marchito de las rosas de Navidad, floreros con rosas por todas partes, un delicioso *Renoir* sobre la chimenea...

—Veo que está usted admirando mi *Renoir* —dijo una voz profunda detrás de mí. Me volví. Paul me presenta a la dueña de casa. Mrs. Seaton está *en grande tenue*: me atiende cortésmente, con el ademán natural y acostumbrado de una duquesa cuando recibe un ramillete de flores. Es una mujer grande, trigüeña, dominante y huesuda, de nariz bastante puntiaguda, tez cetrina, ojos pequeñitos bajo cejas espesas. Está llena de ademanes sociales, pero carece de encanto. Diría que ha pasado bien los cuarenta, dentro de veinte años será una vieja esposa vulgar.

Expresé mi sincera y cortés admiración por la casa. Sus ojos se iluminaron; por un momento pareció tener diez años menos.

—Estoy muy orgullosa de mi casa. Por supuesto que hemos vivido aquí durante siglos... quiero decir, mucho antes de que fuera edificada esta casa.

—Usted lleva sus siglos muy bien, Janet —dijo Paul. Mrs. Seaton se sonroja, lo que no la favorece, pero no se disgusta: es persona que goza cuando le hace suaves bromas un varón bien parecido.

—No sea ridículo, Paul. Iba justamente a decirle a Mrs. Strangeways que mi familia, los Lacey, han dado su nombre a estas dos aldeas. Nuestro antepasado, Francis de Lacey, recibió el feudo de Guillermo el Conquistador.

—Y después se casó usted con su casa y fueron eternamente felices —dijo Paul. Este misterioso comentario, en mi opinión, no le agradó a Janet Seaton, que se dio vuelta.

—El Poeta se reunirá con ustedes para el almuerzo: siempre trabaja por la mañana —me dijo ella con voz clara y vibrante, acentuando fuertemente las palabras principales. Había sido extraña o agradable en cierta manera, pero, por algún motivo, la observación me pareció desconcertante, tanto que descortésmente volví al tema anterior.

—¿De manera que la casa es suya? —le pregunté.

—Es de ambos. El padre de Robert la compró a mi padre y luego Robert la heredó. El viejo Seaton la rebautizó *Plash Meadow*, pero todos aquí la llaman *Laceys*. ¿Se interesa usted por los esmaltes de *Battersea*, Mr. Strangeways? En aquella vitrina hay algunos buenos ejemplares.

Dije que sí, a pesar de que las transacciones de Seaton-Lacey me interesaban mucho más. Mrs. Seaton abrió la vitrina y sacó una exquisita polvera. La tuvo uno o dos minutos en sus manos grandes y muy huesudas, luego la depositó en las mías. Mientras yo la examinaba, sentí su mirada sobre mí, como una presión física o una ola de calor de un horno. Levanté la vista. Advertí en su rostro una expresión muy rara ¿Podré describirla ahora? La fatua autosatisfacción de una joven madre al mirar a su primogénito acostado en brazos de un amigo, además de un cierto pánico controlado (“¿lo dejará caer?”) con algo más, algo indefinible, urgentemente suplicante, casi patético. Cuando le devolví la

pieza de *Battersea* suspiró, casi emitiendo un sonido entrecortado, como si hubiese estado reteniendo la respiración.

—¡Ajá! ¡Otra vez la pasión dominante! ¡Mostrando tu *bric-à-brac*! —se oyó decir a una voz agradable y tranquila desde la puerta. De pie, un hombre joven, del brazo de una encantadora niña de cabeza rubia, nos sonreía.

—Mr. Strangeways, aquí tiene usted mis dos mejores ejemplares, Lionel y Vanesa. Están en vacaciones de mitad de año. Vengan a lucirse, niños —dijo Mr. Seaton.

Apretón de manos general. Lionel Seaton, de cerca, parece mayor de lo que es. Paul después me contó que Lionel estuvo en la guerra; es uno de los sobrevivientes de Arnhem y tiene toda una colección de medallas. Estoy pensando de dónde diablos habrán sacado su buena presencia. Ciertamente que no de Janet Seaton.

—Hemos estado en el río —me dice la joven—. Lionel, con una pistola de aire comprimido, desde su bote de goma. Por supuesto que la cerceta está ilesa y nosotros estamos soportando las asentaderas congeladas.

—¡Vanessa!—exclamó Mrs. Seaton—. Mr. Strangeways, usted tiene que disculpar los modales chocantes de estos niños. Están muy mal educados.

Lo dijo jovialmente, pero un gesto de contrariedad apareció en la cara de Vanessa, dejándola casi fea e insignificante por un momento, como si el sol se hubiese ocultado.

—No hemos tenido el privilegio de ser educados por Janet. Usted sabrá que ella es nuestra madrastra.

Fue un instante embarazoso, pero Lionel Seaton lo suavizó con una agradable y larga explicación de cómo los ocupantes del bote de goma debían sentarse en el suelo de la embarcación y que, como el suelo del bote se hallaba debajo de la línea de flotación y el agua estaba fría, había sido inevitable que las asentaderas de los ocupantes del bote, etc., etc. Agregó algo sobre su buena suerte de no haber pertenecido a aquellas Fuerzas Aéreas Reales que

debieron pasar grandes períodos de la guerra chapoteando por el mar en botes de goma.

Es un buen muchacho, con ese aire reconcentrado e inexpresivo que a menudo se encuentra en los niños de padres de talento o de carácter "fuerte".

Vanessa parece tener catorce años. ¿Será menor en realidad? Está entregada al culto de su hermano, que la encuentra eternamente divertida, la protege, es afectuoso con ella y logra quitarse diez años de encima en su compañía. La querida criatura ignora por completo que está curando las heridas que la guerra causó a su hermano.

Luego Mrs. Seaton levantó un dedo. Su voz hizo oír otra vez la nota vibrante, la nota de un gong, golpeado, discretamente, por un mayordomo perfecto.

—Creo oír al Poeta que baja las escaleras. Sí, aquí está.

Y entonces, Dios mío, parecía una de esas Grandes Ocasiones: las banderas al borde del camino, la banda pronta para tocar, la guardia de honor que presenta armas, las multitudes anhelantes, cuando por la esquina viene, no la Realeza, sino un perro extraviado o quizá un mandadero en bicicleta que acelera por la avenida preparada para la ceremonia.

Robert Seaton entró al cuarto con pasitos cortos sonriendo vagamente a nadie en especial. Era un hombre pequeño, insignificante, que usaba un traje ajado, como si hubiese dormido con él puesto.

Se diría que iba a dar la mano a sus propios hijos, pero Janet Seaton lo desvió hacia mí. Al saludarnos, la expresión aturdida se desvaneció de sus ojos y su característica empezó a surgir. Una característica creo que puedo ahora señalarla con el dedo) de cortesía casi sobrenatural. Nerviosamente, empecé yo a bosquejar con mi fantasía, inspirado por sus rosas, sobre el tema de *La Bella Durmiente*. Me escuchó, o así lo sentí, no sólo con sus oídos, sino también con sus nervios, con todo su delgado cuerpo y con su oído interno (sus ojos miraban hacia abajo como esforzándose

en captar en su propio espíritu los ecos de mi voz). Cuando terminé, por un momento levantó la vista, y fijó sus ojos en los míos, con una mirada penetrante.

—*La Bella Durmiente*. Sí —dijo contemplativo—. Y las malezas espinosas. Sí. Pero ¿ha pensado usted —se ocultaba, como un topo, hacia algún profundo designio— ha pensado usted lo que realmente la retuvo allí? No fueron las espinas, sino las rosas. Era la prisionera de su propia belleza, de la determinación de sus padres de que fuera invulnerable y jamás le permitieron que siguiera su destino. Usted recuerde que la Reina quitó todos los husos de hilar. Sí, todo fue culpa de la Reina. Yo no creo en aquella bruja. La pobre niña nada tenía que hacer, sino vagar y admirar su propio reflejo en las rosas. Y luego se quedó dormida de puro aburrimiento. No creo en que se pinchara el dedo con el huso. Y lo que es más —añadió confidencialmente—, no creo en aquel príncipe. Jamás podría haber pasado a través de las espinas. Elegiría una Bestia para hacerlo. “Alguna bestia salvaje.”

—Tienes tus cuentos de hadas entremezclados, Robert —dijo su mujer, que ahora estaba de pie a nuestro lado—. ¿Quieren que pasemos a almorzar?

El salón comedor: rico brillante, oscuro, pero no sombrío. Un resplandor en cada superficie... una mesa, un aparador; dos siglos de uso diario y de amor. Sillas *Empire*, candelabros. Sobre la chimenea, un retrato del Lacey que edificó esta casa, después que la casa solariega estilo *Elizabeth* que reemplazaba a su vez a una construcción anterior había sido destruida por el fuego. Rosas blancas se balanceaban fuera de la ventana. Comida deliciosa. El enano, Finny Black, sirve la mesa: es hábil y rápido, pero desconcierta tener un sirviente atisbando hacia arriba cuando alcanza las legumbres. Mientras estuvo un minuto fuera de la habitación. Mrs. Seaton me dijo:

—Finny es una gran persona: un Buffón auténtico.

— ¿*Shakespeariano*, quiere usted decir? —por suerte capté la letra mayúscula.

—Sí. Dice las cosas más inteligentes ¿no es cierto, Robert? Aunque las visitas siempre lo intimidan al principio.

—¿Ha perseverado entonces en su locura? —me aventuro. Mrs. S. me mira sin expresión, pero su marido viene en su auxilio.

—Mr. Strangeways está citando a Blake... "Si el loco perseverara en su locura se volvería cuerdo."

—Creo que esto es una absoluta sandez —dijo Vanessa—. Se volvería solamente un poco más loco, como ha ocurrido con Finny.

—¡Oh, Vanessa, sabes que esa horrible limonada tuya quita el lustre a la mesa! ¡Sécala pronto! —Mrs. S. habla con una voz de exasperación controlada. Vanesa lustra con su servilleta donde ha derramado un poco de limonada murmurando con rebeldía "¡Afuera, maldita mancha!"

Pregunto a Robert Seaton en qué trabaja en este momento. Antes de que pueda contestar, interviene su mujer.

—Robert está escribiendo su obra maestra —su voz palpita otra vez—, un poema épico de la Gran Guerra... quiero decir la guerra de 1914. Algo en el estilo de *The Dynasts*.

Por un momento hay una expresión de absoluta desdicha en la cara de Robert. Los escritores odian que se hable sobre su actual trabajo; por lo menos, los buenos escritores. Yo insinúo un interés cortés: digo que hemos esperado mucho tiempo un nuevo libro suyo (en efecto, debe de hacer casi diez años). Le digo cómo su primera obra, su *Lyrical Interludes* en particular, cuando lo leí en la escuela, fue lo que inmediatamente me dio un sentimiento por la poesía. Paul, que había concentrado toda su atención en la comida, levanta la vista y dice de repente:

—Sí, pero lo mejor que haya usted compuesto es su *Elegy for a Dead Wife*. —Después de una mirada intencionada en mi dirección que claramente la expresarían las pa-